

sin recalcar su existencia, que elimina los momentos inútiles y se plantea solamente los necesarios para que la acción pueda ser entendida mínimamente. Jugando con el color, con una utilización dialéctica del fondo musical, con una interpretación no «de actor», de composición creativa, sino adaptada a la necesidad de cada momento de ofrecer un dato preciso, con un manejo del espacio físico de la pantalla que componga en cada instante la personalidad irreplicable de un plano, Oshima realiza una auténtica obra personal, de expresión, de opinión, a partir precisamente del distanciamiento emotivo de la realidad tratada.

Lamentablemente, creo que la recepción del público del Festival de Valladolid —sin ser tan esquemática como la que aquí se plantea, si se acerca bastante a la que se puede «percibir» en la sala oscura— no es aislada. «El muchacho» está pasando un poco inadvertida en el cine en que se proyecta. Posiblemente debido a una falta de información de quién es Oshima y qué es el cine japonés de hoy; es lógico, por otra parte, que un público habituado al distanciamiento abismal de la realidad cinematográfica internacional no confíe en una muestra aislada que se le ofrece inesperadamente. Bien venido sea, de cualquier forma, el film de Oshima, sobre todo si comienza una política de importación que nos mantenga medianamente informados del cine de interés que hoy se hace por ahí. ■ DIEGO GALAN.

### José Hernández. En la galería Iolas-Velasco. Madrid

Cuando veo la pintura de Pepe Hernández —esa feroz radiografía crítica de la vida—, no puedo evitar acordarme del viejo Berensón. En su gloriosa senectud, ya casi centenario, fiel habitante de las piedras florentinas, el gran tratadista americano de los pintores del renacimiento italiano contemplaba todas las formas expresivas del arte de nuestro tiempo —y aun todas las formas expresivas de cualquier momento histórico— y se indignaba. El no clamaba contra la modernidad: clamaba contra esa esquina hiriente de la vida que los pintores como Valdés Leal o como los modernos expresionistas querían hacer objeto de su arte. El decía que el arte tiene que ser —debe ser— un intensificador de la vida y que la vida no debe abrumarnos, a través del arte, con su negra pesadumbre...

Uno ve la pintura de Pepe Hernández —ese feroz alegato contra algunos aspectos de la vida—, y si, de pronto, uno se acuerda de la Bella de Giorgione, o de algunos desnudos de Tiziano, tiene que hacer un esfuerzo para percibir que esto, lo de Hernández, pertenece a la misma familia, a la familia del arte.

Pero, ¿por qué esto, por qué y para qué tanta podredumbre? ¿Por qué no volver a transitar el dulce cuerpo de la bella Simonetta naciendo, otra vez gloriosamente, sobre las aguas? ¿Por qué no volver a evocar a aquella bella de Urbino, dorada como el trigo? Porque no es eso lo que Pepe Hernández nos quiere decir.

La pintura, especialmente la pintura, es el arte de los que tienen algo que decir. En los momentos mórbidos —en los momentos «académicos»— se llegó a pensar que la pintura era el arte de los que sabían pintar. Pero eso ya está superado. Precisamente todo el arte moderno ha venido para demostrar, entre otras cosas, que se puede ser un gran pintor sin tener un gran oficio académico.

¡Tener algo que decir! Esa es la característica básica, fundamental de José Hernández. Tiene tanto que decir que sus cuadros no nos afirman solamente aquello que constituye la base de su argumento, sino que enlaza, además, con una serie de alegatos íntimos sigilosamente entrelazados. Sus argumentos no tienen límites.

Por eso es un pintor por el que cabe apostar. Yo apuesto.

Adviértase que, sin pretenderlo, llevado solamente por el hilo de mi argumentación, casi estoy rodeando la definición de un surrealista. ¿Surrealista José Hernández? Tomás Seral, su sagaz introductor en esta ocasión —que no por azar se autoidentifica como hijo del paraguas y de la máquina de coser—, Tomás Seral, digo, cuando reseña a todos los movimientos recientes que deliberadamente ignora Pepe Hernández, hace una excepción con el surrealismo. No: el surrealismo es otra cosa; al surrealismo no lo ignora Hernández —parece querer decirnos Tomás Seral—. Y, efectivamente, yo no creo que Hernández ignore a ese movimiento ya casi cincuentenario. Pero... ¿pero es Hernández un surrealista?

surrealismo; el surrealismo viene a él.

Para ser verdaderamente un surrealista tendría que ser... ¿cómo lo diría? Tendría que ser más imparcial. Tendría que dedicarse más a la realidad oculta que se esconde detrás de la realidad visible... Tendría que ser —lo diré de una vez— menos crítico. Y la verdad es que Pepe Hernández es más un crítico que un desvelador de realidades imprecisas. Y sin embargo... es evidente que ahí hay un lenguaje surrealista.

Si Pepe Hernández es un crítico que usa un lenguaje surrealista. Es decir: es un expresionista que se vale del idioma del surrealismo. Lo cual no significa ninguna pervertida pictórica, sino que, incluso, tiene una gran lógica.

El expresionismo, tanto



No. Ahí también —incluso en ese pintor tan evidentemente impregnado por el espíritu surrealista— el surrealismo ha actuado como es peculiar después de su muerte aparente. Digo «muerte aparente» para significar que el surrealismo no murió cuando, a partir de los últimos años «treinta», dejó ya de tener el espíritu misionario y de secta que le dieron sus fundadores, sino que entonces se diluyó e impregnó a toda la pintura. Después del surrealismo ya no se pudo pintar como antes del surrealismo. Pues Pepe Hernández no es un surrealista como lo fue, por ejemplo, Max Ernst o Magritte. El no va hacia el

como el surrealismo, se inscriben en una amplia zona de la pintura moderna a la que, para calificarla de alguna manera, no tengo más remedio que utilizar un nombre ya viejo en mí: la zona de la expresión. En el arte en general, y en el moderno en particular, yo opino que todo lo que no es dimensión es expresión. Que sí, que una gran zona del arte discurre por la investigación formal, pero que hay otra que, incorruptiblemente, continúa ligada a la vida incluso emocional, en todas sus dimensiones. En esa zona está la manera peculiar de hacer el arte que distingue a Pepe Hernández. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

### triunfo RECOMIENDA

#### CINE MADRID

TO BE OR NOT TO BE, Lubitsch (Bellas Artes). ANTONIO DAS MORTES, Rocha (California). MA NUIT CHEZ MAUD, Rohmer (Fallá). CARTA DE UNA DESCONOCIDA, Ophüls (Gallí). CASSIUS LE GRAND, Klein (Infantas). EL ANGEL EXTERNADOR, Buñuel (Mónaco). TRISTANA, Buñuel (Peñalver). LA NOCHE DE LOS MUERTOS VIVIENTES, Romero (Rex). SHONEN, Oshima (Rosales). BONNIE AND CLYDE, Penn (España-Campanero). EL BOSQUE DEL LOBO, Oiso (Amaya). CARLITOS Y SNOOPY, Meléndez (Tivoli). ESPAÑOLAS EN PARIS, Bodegas (Avenida). LEO, EL ULTIMO, Boorman (Fuencarral). LA YENDA DE LA CIUDAD SIN NOMBRE, Logan (Paz). PASAPORTE A LA LOCURA, Rush (Playel). QUEIMADA, Pontecorvo (Alcalá-El Españolito-Lope de Vega). RIO LOBO, Hawks (Bulvar-Mola). TARZAN DE LOS MONOS, Van Dyke (Lepanto-Sainz de Baranda). LA VIDA PRIVADA DE SHERLOCK HOLMES, Wilder (Roxly B).

#### BARCELONA

LOLITA, Kubrick (Arcadia). BARRERA, Skolimovsky (Alexis). TO BE OR NOT TO BE, Lubitsch (Alexis). LA NOCHE DE LOS MUERTOS VIVIENTES, Romero (Aquitania). O SALTO, Chalonge (Balmes). LAS CRUELES, Aranda (Marina). CHAMPAÑA POR UN ASESINO, Chabrol (Barcino). EL DIA DE LOS TRAMOSOS, Mankiewicz (Cristal-Favencia-Marina). 2001, Kubrick (Jaime I). EL INFIERNO DEL WHISKY, Oulne (ABC-Delicias-Dorado-Principal-Rivoli). EL JARDIN DE LAS DELICIAS, Saura (Alexandra). LLANTO POR UN BANDIDO, Saura (Alarcón). UN MARAVILLOSO VENENO, Black (Triunfo). MY FAIR LADY, Cukor (Emporium). REBECA, Hitchcock (Regina). SCARAMOUCHE, Sidney (Ambos Mundos). TRISTANA, Buñuel (Bretón). EL VALLE DEL FUGITIVO, Polonsky (Avenida-Cervantes-Edén-Iris-Népoles-Verdi). QUEIMADA, Pontecorvo (Coliseum).

#### LIBROS

POEMAS, Holderlin (Fomento de Cultura Ediciones). SUBVERSIONES, Mex Aub (Hellos). EL TEATRO DE MAX AUB, José Monleón (Taurus). EL CASTILLO, Franz Kafka (Alianza Editorial). SAINT-EXUPERY VISTO POR SI MISMO, Luc Stang (Novelas y Cuentos). LA CULTURA EN ESPAÑA, J. L. Abellán (Cuadernos para el Diálogo). ENSAYOS SOBRE VALERIA, Manuel Azaña (Alianza Editorial). LA PROSA DEL MUNDO, Merleau-Ponty (Taurus). EL EROTISMO, Georges Bataille (Matau). HISTORIA DEL CINE, Román Gubern (dos tomos) (Lumen). CHUMY-CHUMY (Fundamentos). VIVIR EN MADRID, Luis Carandell (Kalós). EL NACIMIENTO DEL TERCER MUNDO, Yves Lacoste (Península). HISTORIAS DE PAT HOBBY, Scott Fitzgerald (Caralt).

## ARTE

La semana pasada falté a la cita de esta sección. Pido perdón por ello. Llegaba de viaje con tantas sensaciones nuevas, con tal carga de nuevas cosas, que me fue imposible olvidarme de ellas a la hora de escribir comentarios apresurados a unas exposiciones vistas apresuradamente. Ahora ya estoy tranquilo.